

# HASTA DONDE PODEMOS CONFIAR EN UN PRESIDENTE

Por Raúl Zaldívar

La democracia es una forma de gobierno donde, en teoría, cualquier persona puede acceder al poder. En teoría porque para acceder es necesario tener recursos económicos o las conexiones políticas, que siempre se traduce en dinero, para alcanzar el poder. La esencia del discurso del político es siempre el mismo, el bien público temporal, lo único que cambia es la retórica y los enfoques que de ella se derivan.

Nadie asegura a sus electores que será un corrupto, que traficará con influencias y que aprovechará cada situación para sacar ventaja personal o familiar. Todo lo contrario, el discurso es siempre en contra de estos flagelos, y una viva promesa de encarcelar a aquellos que de una u otra manera han quebrantado la ley, el resto es un maquillaje publicitario que inventa un parroquiano a quien le pagan por eso.

Lo curioso de todo esto es que siempre que asume la presidencia de un Estado un ciudadano, existe una gran expectativa entre la ciudadanía en relación con lo que va a acontecer. La gente está entusiasmada y espera grandes cambios y hasta milagros en temas económicos generalmente. Lo que usualmente ocurre es que con el correr del tiempo los índices de popularidad bajan y la desilusión y desencanto se apoderan de la gente que no vio cambios sustanciales.

Otro de los aspectos que se ha venido observando en la insipiente democracia latinoamericana es que cada vez el abstencionismo crece, quizás sea esta una voz de alerta o de desconfianza a la retórica política que ofrece el cielo y la tierra y al final nada.

La pregunta es clara. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué usualmente al final de su mandato el presidente termina con un índice de popularidad muy bajo? y con un descrédito penoso.

La respuesta es muy sencilla, aunque el hombre lo intenta, y sus intenciones algunas veces son buenas, fracasa. Porque allende a su buena voluntad existe una naturaleza pecaminosa que lleva al hombre a efectuar hechos repudiables. De ahí que Séneca tenía razón cuando afirmaba que el hombre *al mismo tiempo que odia sus vicios los ama...* Lo cierto es que ningún ser humano, no importa su discurso político, podrá resolver el verdadero problema de la sociedad que él administra. En primer lugar porque el problema del hombre es un problema espiritual, y dicho problema determina su conducta en todos los sentidos y en segundo lugar que, el único que tiene potestad de cambiar al hombre de pies a cabeza y por ende a la sociedad es Dios. De ahí que, lo que el hombre diga u haga no tiene mayor trascendencia, a la hora de la hora se dará cuenta que nadie puede frenar la violencia, la corrupción, el tráfico de influencias, las injusticias. Si Dios no cambia el

corazón del hombre, cualquier cosa que éste diga es una mera ilusión que provoca un espejismo que cuando uno se acerca se da cuenta de la realidad.

Esta realidad no nos debe llevar tampoco al fatalismo de no confiar o no creer en nadie que asuma la administración del Estado, debemos darles el beneficio de la duda y ayudar en la manera que sea posible, empero con la certeza de que si Jehová no *edifica la casa en vano trabajan los que la edifican*.

El corolario de todo lo anterior es que lo único que podemos esperar de un presidente son sus buenas intenciones y su mejor esfuerzo por resolver los problemas temporales de la sociedad enmarcado tanto en la constitución del Estado como en las leyes secundarias.